

Imperio, nación, guerra popular. 1813 en la historia de Europa¹

Dieter Langewiesche

Universität Tübingen, República Federal de Alemania

Fecha de aceptación definitiva: 21 de diciembre de 2017

Resumen: La última fase de las Guerras Napoleónicas, que culminó en 1813 en la Batalla de las Naciones (Völkerschlacht) se ha considerado habitualmente como el punto de partida de la política nacional y del proceso de formación del Estado-nación en Europa. Esto sería resultado de una nueva forma de hacer la guerra, propia de los alzamientos populares y nacionales. El autor aborda estos problemas, tomando en consideración la historia social de la guerra, las opiniones de los coetáneos —especialmente en el polémico caso de la lucha de los españoles contra la ocupación francesa— y la evolución de los objetivos políticos de las élites en la época posterior. De este modo, este artículo destaca la necesidad de un enfoque no unilineal sobre los orígenes del Estado nacional en Europa.

Palabras clave: Guerras napoleónicas, formación del Estado-nación, historia social de la guerra, guerrilla, ejércitos nacionales, Batalla de las Naciones en Leipzig.

Abstract: The last period of the Napoleonic Wars, which in 1813 led to the Battle of the Nations (Völkerschlacht) has been traditionally viewed as the starting point for both national politics and the national State building process in Europe. This would be a consequence of the new kind of warfighting, namely the popular and national uprisings. The author addresses these issues, taking into account the social history of war, the opinions of contemporaries —particularly in the controversial case of the Spanish war against the French occupation— and the changing political goals of elites in the following times. Therefore the article highlights the need for a non-linear approach to the origins of the European national States.

Key words: Napoleonic wars, national-State building, social history of the war, guerrillas, national armies, Battle of the Nations at Leipzig.

¹ La versión original, “Imperium – Nation – Volkskrieg. ‘1813’ in der europäischen Geschichte”, en HOFBAUER, M. y RINK, M., eds., Die Völkerschlacht bei Leipzig. Verläufe, Folgen, Bedeutungen 1813-1913-2013, Berlin y Boston, W. de Gruyter, 2017, pp. 25-43 (Beiträge zur Militärgeschichte, 77). Traducción de J. Millán (Universitat de València).

¿Qué significa “1813” como clave del final de la era napoleónica? ¿Marca ese año una discontinuidad en la historia del Estado nacional y de la guerra en Europa? Hace tiempo que la respuesta parecía inequívoca: es cuando surge el Estado-nación moderno, convertido en realidad en Francia como un hecho revolucionario, asumido también en otros Estados europeos. Y, juntamente con la voluntad de la nación y con la voluntad de formar Estados nacionales, aparecería también un nuevo tipo de guerra: la guerra popular, la guerra nacional. Las investigaciones recientes han transformado decisivamente esa imagen familiar, pero la nueva imagen no es unánime en absoluto. Hay diversos motivos. *Primero*: Europa no constituía entonces una unidad, si bien la guerra impuso un marco de actuación común a toda Europa, con muchos rasgos compartidos. *Segundo*: Muchos procesos que parecían introducir innovaciones en aquel momento quedaron paralizados más adelante, tanto en aquella misma era napoleónica como en la época posterior. *Tercero*: Entre las percepciones de los coetáneos y las expectativas de futuro que ellos mismos relacionaban con lo que iba sucediendo las diferencias fueron enormes. En los círculos cultivados, reducidos pero muy capacitados para expresarse verbalmente, las experiencias de la guerra fueron asimiladas en el sentido de unas imágenes de futuro bastante distintas de las que se formaba la gran mayoría de la población. *Cuarto*: La mirada retrospectiva hacia esa época transformó de nuevo su imagen. Esto sucedió ya con los contemporáneos y ha continuado hasta hoy. Hay que tener en cuenta todo esto cuando se plantea la cuestión de las consecuencias de aquella época sobre el desarrollo del Estado y las formas de hacer la guerra. Por tanto, no hay que esperar una imagen clara y homogénea. En la medida en que la imagen resulte más clara, tanto más unilateral será el trazo que haga de lo acontecido.

Formas de hacer la guerra, motivaciones de los bandos en lucha

¿Guerra total o guerra dentro de la actuación tradicional del poder del Estado?

¿Qué cosas cambiaron en aquella época en la forma de hacer la guerra? ¿Qué tipo de evolución recibió impulso? La primera guerra total, según establece una postura extrema, que recientemente se ha divulgado mucho². Esa postura no se ha

² BELL, D. A.: *La primera guerra total. La Europa de Napoleón y el nacimiento de la guerra moderna*. Madrid, Alianza, 2012. Bell ve en “actitudes fundamentalmente nuevas hacia la guerra” (p. 31) la base para la guerra total. Michael Broers argumenta de forma convincente contra la interpretación de Bell, en “The concept of ‘total war’ in the revolutionary period”, *War in history*, 15 (2008), pp. 247-268. Junto a algunas críticas de detalle, Broers menciona dos motivos: en aquella época estaba ausente la tecnología para una guerra total y, además, al afirmarse en el poder los gobernantes antiguos preservaban la ética del antiguo orden (p. 267). Aunque no se vincule la definición de la guerra total a las posibilidades tecnológicas de la sociedad industrial (resulta esclarecedor sobre esto KONDILIS, P.: *Theorie des Krieges. Clausewitz, Marx, Engels, Lenin*, Stuttgart, Klett-Cotta Verlag, 1988), sino que se incluya a las sociedades premodernas, incluso en ese caso no pueden entenderse las guerras napoleónicas como guerras totales. Vid. VON TROTHA, T.: “Formen des Krieges” en S. Neckel y M. Schwab-Trapp (eds.), *Ordnungen der Gewalt. Beiträge zu einer politischen Soziologie der Gewalt und des Krieges*. Opladen, Leske Budrich, 1999, pp. 71-95; entre los criterios definitivos incluye el autor el objetivo de eliminar al enemigo por completo

impuesto y con razón. Sin duda, entonces surgió la noción de enemigo absoluto, contra el cual toda la sociedad en su conjunto debía ir a la lucha, pero esa imagen del enemigo no determinó la política de los Estados. Y en la sociedad solo una minoría participaba de esa imagen, es verdad que era una minoría que disponía de la palabra oral y escrita, que aún hoy se hace presente mediante sus textos y que por medio de ellos trata de ganar a la posteridad para la imagen que sus autores se hicieron de su mundo. En favor de ella hablaron en España los sacerdotes que convocaban a una guerra santa, llevada a cabo por una nación unida en su fe en Dios³, o, en el espacio de lengua alemana, Ernst Moritz Arndt, cuando, en 1813, en su poema “Juicio divino” (*Gottes Gericht*), condenaba a Napoleón y los franceses:

Napoleon hat auf den Teufel gebaut, Alexander der Kaiser hat Gott vertraut, Die Franzén verehrten Wollust und Geiz, Die Russen verehrten das Heilige Kreuz	Napoleón se apoya en el demonio. El emperador Alejandro confía en Dios. Los gabachos adoran la ambición y el placer. Los rusos adoran la santa Cruz ⁴
---	---

Esta forma de percibir el entorno no tenía nada que ver con la realidad política de la época. Napoleón y los monarcas europeos no estaban separados por ningún foso ideológico. Unos con otros, y contra otros, acordaban tratados, entraban en alianzas cambiantes con Napoleón o en su contra. Napoleón y su familia fueron acogidos en el “cartel familiar de dinastías” europeas (Heinz Gollwitzer). La voluntad de hacer una guerra total estaba ausente por todos lados entre las élites de poder de Europa. En la cúpula de los Estados se ejercía una política de intereses dinásticos y estatales, como era habitual desde hacía mucho. Y la guerra estaba considerada como un instrumento legítimo de la política del Estado.

o expulsarlo del territorio en disputa (p. 76). OSTERHAMMEL, J.: *Die Verwandlung der Welt. Eine Geschichte des 19. Jahrhunderts*, Múnich, Beck Verlag, 2009, p. 703 (trad. castellana, Barcelona, Crítica, 2015) considera a la Guerra de Secesión de Estados Unidos como la primera guerra total y la única en el siglo XIX. Lo mismo hacen DUPUY, R. E. y DUPUY, T. N.: *The encyclopedia of military history from 3500 b.c. to the present*, Londres, MacDonald, 1974, p. 820. Sin embargo, un experto tan destacado como BLANNING, T.: “The European States-system at the time of the French revolution and napoleonic empire”, en W. Pyta (ed.), *Das europäische Mächtekoncert. Friedens- und Sicherheitspolitik vom Wiener Kongress 1815 bis zum Krimkrieg 1853*, Colonia, Böhlau Verlag, 2009, pp. 79-102, esp. p. 84.

³ Sobre España es fundamental ESDAILE, CH.: *The Peninsular War*, Londres, A. Lane, 2002 (versión cast., Barcelona, Crítica, 2003), p. 237. Con otra perspectiva, EASTMAN, S.: *Preaching Spanish nationalism across the Hispanic Atlantic, 1759-1823*, Baton Rouge, Louisiana State University, 2012, caps. 1-2.

⁴ ARNDT, E. M.: “Gottes Gericht”, fácilmente accesible en *Die digitale Bibliothek der deutschen Lyrik*, Frankfurt am Main, Zweitausendeins-Frankfurt, 2003 (Cd-rom), p. 157.

Que Napoleón se decidiera por la guerra no era algo que lo transformara en un proscrito, sino que lo convertía en socio de alianzas, en la medida en que tenía éxito. Los Estados que creaba o destruía eran situaciones reconocidas. Cuando Napoleón puso en movimiento el mapa de Europa mediante sus guerras, las cabezas coronadas lo aprovecharon para obtener conquistas hostiles, a costa de quienes pertenecían a su mismo rango⁵. En el caso de que tuvieran nociones legitimistas, no se dejaron frenar por ellas. En alianza con Napoleón, o en su contra, se hicieron con nuevos territorios y con títulos de rango superior. Solo se llegó a una gran coalición armada de los príncipes europeos contra Napoleón, a partir de 1812, cuando amenazaba la transformación de Europa continental en un imperio francés o cuando parecían estar en peligro las ganancias que esos príncipes habían obtenido. Pero, incluso entonces, esa oposición generalizada solo se llevó a cabo de manera escalonada, mediante cuidadosas negociaciones diplomáticas y tratados interestatales, con el fin de reducir los riesgos bélicos y no jugarse las propias ventajas⁶. Finalmente, la reconciliación mediante la paz, que se alcanzó en el Congreso de Viena —congreso encaminado a alcanzar un nuevo equilibrio entre las potencias, que preservó a Europa de otra guerra en el conjunto del continente durante un siglo—, contradice cualquier intento de ver la primera guerra total en el periodo bélico que finaliza en 1815. La guerra total se lleva a cabo de otro modo y acaba de otra manera. Las matanzas ordenadas por oficiales franceses (y aprobadas por Napoleón) contra una población insumisa y, en consecuencia, considerada no civilizada son una forma de terror de Estado, que entonces, por vez primera, fue justificada ideológicamente mediante la “ilustración” y el “progreso”⁷. Pero con ello la guerra no se transformaba en guerra total.

La postura contraria a la de quienes tratan de percibir en las guerras napoleónicas el anticipo del siglo XX, de la primera y la segunda Guerra Mundial, sostiene que las guerras de Bonaparte forman parte de la tradición de los siglos XVII y XVIII⁸. Para decirlo de forma esquemática: Napoleón fue heredero di-

⁵ Sobre esta obra conjunta de la revolución, Bonaparte y las dinastías legítimas, LANGEWIESCHE, D.: *Die Monarchie im Jahrhundert Europas. Selbstbehauptung durch Wandel im 19. Jahrhundert*, Heidelberg, Winter, 2013 (*Schriften der Philosophisch-Historischen Klasse der Heidelberger Akademie der Wissenschaften*, 50), pp. 8-12.

⁶ Más detalladamente, RILEY, J. P.: *Napoleon and the world war of 1813. Lessons in coalition war-fighting*, Londres y Portland (Oregón), F. Cass, 2000.

⁷ Un balance de las investigaciones en DWYER, P. G.: “Violence and the Revolutionary and Napoleonic wars. Massacre, conquest and the imperial enterprise”, *Journal of genocide*, 15 (2013), pp. 117-131,

⁸ Sobre esto, especialmente, CHANDLER, D. G.: *On Napoleonic Wars. Collected essays*, Londres, Greenhill Books, 1994, pp. 42-55. Además, el sobresaliente estudio general de ESDAILE CH.: *Napoleon's wars. An international history*, Londres, A. Lane, 2007. Ute Planert, en su innovador estudio, caracteriza la era napoleónica como una fase de transformaciones evolutivas, no de rupturas revolucionarias, PLANERT, U.: “Die Kriege der Französischen Revolution und Napoleons. Beginn einer neuen Ära der europäischen Kriegsgeschichte oder Weiterwirken der Vergangenheit?”, en D. Beyrau, M. Hochgeschwender y

recto de Luis XIV. Uno y otro aspiraban, mediante la guerra, a establecer a Francia como la potencia central de Europa; uno y otro veían la guerra como una misión fundamental del monarca; para uno y otro el éxito militar se convirtió en la base de su prestigio y su poder. Sin embargo, en contraste con sus predecesores, admirados (y también temidos) en toda Europa, dentro de la pugna por la hegemonía francesa, Napoleón nunca supo estabilizar sus éxitos militares y reacuñarlos en forma de reconocimiento como potencia cultural dominante. No lo logró, dado que no respetó límite alguno de lo que fuera factible por medio de la guerra. Con todo, no fue un mero “señor de la guerra”⁹. Fue al mismo tiempo un forjador de instituciones. Pero en la política internacional la guerra se convirtió en su instrumento principal, no los tratados, por más que dominara a la perfección el arte diplomático de llegar a acuerdos ventajosos. Dado que en la fase final de su imperio siguió apostando por la guerra, aunque ahora tuviera que oponerse a una coalición armada con fuerzas ampliamente superiores a las suyas, a la larga no logró asegurar sus grandes conquistas bélicas o, al menos, una parte de ellas. Y eso, a pesar de que los monarcas que encabezaban las grandes potencias europeas siempre se mostraron dispuestas a ello, también en 1813¹⁰. Forma parte de la leyenda con que Napoleón se rodeó y trató de definir su imagen histórica la idea de que Napoleón, como “hijo de la fortuna” —según se designó a sí mismo, en la famosa conversación con Metternich en Dresde—, solo podía afirmarse en el trono como vencedor, a diferencia de quienes eran Monarcas por nacimiento¹¹. No se trataba de que sus antagonistas monárquicos se opusiesen a reconocerlo como su homólogo, ni de un déficit de legitimidad en aquel curso que ascendía en la sociedad francesa. Era su propósito de hacer la guerra lo que impedía asegurar a Francia sus ganancias territoriales por medio

D. Langewiesche (eds.), *Formen des Krieges. Von der Antike bis zur Gegenwart (Krieg in der Geschichte, 37)*, Paderborn, Schöningh, 2007, pp. 149-162; PLANERT, U., ed.: *Krieg und Umbruch in Mitteleuropa um 1800*, Paderborn, Schöningh, 2009 (*Krieg in der Geschichte, 44*) y “Innovation or evolution? The French wars in military history”, en R. Chickering y S. Förster (eds.), *Wars in age of revolution, 1775-1815*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 69-84. Los editores de la *Cambridge history of war* sitúan el comienzo de “la era de la Guerra moderna” a mediados del siglo XIX, CHICKERING, R., SHOWALTER, D. y VAN DE VEN, H., (eds.): *The Cambridge history of war*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, vol. IV.

9 BROERS, M.: “The concept of ‘total war’”, p. 265, llama a Napoleón “el más grande señor de la guerra”.

10 Sobre la debatida cuestión de si Metternich, durante su discusión con Napoleón en 1813, le había presentado un plan formal de paz, vid. recientemente, con aprovechamiento de nuevas fuentes, PRICE, M.: “Napoleon and Metternich in 1813. Some new and some neglected evidence”, *French history*, 26 (2012), pp. 482-503.

11 *Aus Metternichs nachgelassenen Papieren*, ed. por el hijo del canciller, príncipe Richard Metternich-Winneburg, y recopilados por Alfons von Klinkowström, Viena, W. von Braumüller, 1880, vol. I, p. 151. Vid. WILLMS, J.: *Napoleon. Eine Biographie*, Múnich, C.H. Beck Verlag, 2005, p. 589.

de un tratado y consolidar el país también en su interior¹². Napoleón derrochó lo que le habría sido alcanzable en la escena diplomática, por seguir apostando por la guerra como instrumento decisivo en la política internacional, cuando él ya estaba militarmente debilitado.

El papel de Napoleón en la historia de la guerra

Napoleón hizo guerras que transformaron a Europa; sin embargo, él transformó la guerra de manera limitada. No fue un innovador resuelto; más bien perfeccionó lo que se encontró, si bien con enorme eficacia¹³. Ejércitos masivos basados en el reclutamiento obligatorio, con gran movilidad y encaminados rápidamente a un combate decisivo: esta fórmula condensa las aportaciones de Napoleón a la historia de la guerra ¿Qué significa esto en concreto? Hay tres procesos fundamentales.

Primero: La *Grande Armée* de Napoleón fue posible en virtud del servicio militar obligatorio que él recibió del periodo revolucionario y que, bajo la forma de conscripción, lo acompañó por Europa. La Europa napoleónica se convirtió en una Europa de conscripciones. Este odioso deber de tener que ser soldado fue reiteradamente quebrantado, sin duda. Con todo, fue impuesto de modo tan eficaz que constituyó la base militar del imperio de Napoleón. Los Estados ocupados y los aliados debían participar de ese fundamento del mismo modo que el centro hegemónico del imperio. Esa Europa de las conscripciones tenía en todas partes y en todos los Estados poco en común con la movilización autónoma y patriótica que ensalzó el lirismo político y que, más adelante, cuajó dentro de las mitologías nacionales, hasta convertirse en la sólida imagen de la historia que ha durado tanto tiempo.

¹² El juicio sobre Napoleón en ESDAILE, CH.: *Napoleon's wars* o DWYER, PH.: "Napoleon and the drive for glory. Reflections on the making of French foreign policy" en Ph. DWYER (ed.), *Napoleon and Europe*, Londres, Longman, 2001, pp. 118-135; SIMMS, B., "Britain and Napoleon", *Ibid.*, pp. 189-203; BROERS, M., *Europe under Napoleon 1799-1815*, Londres, Arnold, 1996. Para otras cuestiones de política internacional es fundamental SCHROEDER, P.A.: *The transformation of European politics, 1763-1848*, Oxford, Oxford University Press, 1994. Un balance ponderado, FRANÇOIS, E.: "Das napoleonische Hegemonialsystem auf dem Kontinent", en A. Klinger, H.-W. Hahn y G. Schmidt (eds.), *Das Jahr 1806 im europäischen Kontext*, Colonia, Böhlau, 2008, pp. 73-83.

¹³ Para lo que sigue, vid. los estados de la investigación actual (con abundantes referencias bibliográficas) de ELLIS, G.: *Napoleon*, Londres, Longman, 1997, pp. 87-101; ESDAILE, CH.: *Napoleon's wars*, pp. 9-14; CITINO, R. C.: *The German way of war. From the Thirty Years' War to the Third Reich*, Lawrence, Kansas University Press, 2005, pp. 105-109 (apartado sobre "The impact of the French Revolution and Napoleon"); STRACHAN, H.: *European armies and the conduct of war*, Londres, Allen and Unwin, 1983, pp. 38-59. Además, vale la pena leer, ROTHENBERG, G.: *The art of warfare in the age of Napoleon*, Londres, Batsford, 1977. Balances breves en GATES, D.: "Napoleon as general", *History today*, 48 (1998), 6, pp. 47-54; BLANNING, T.: *The pursuit of glory. Europe 1648-1815*, Londres, A. Lane, 2007, pp. 635-658.

Zu den Waffen! Zu den Waffen! Als Männer hat uns Gott geschaffen, Auf! Männer, auf! Und schlaget drein! Laßt Hörner und Trompeten klingen, Laßt Sturm von allen Türmen ringen, Die Freiheit soll die Losung sein!	¡A las armas, a las armas! Dios nos hizo hombres, ¡En pie los hombres, en pie! ¡Y a romper! Que resuenen cuernos y trompetas, A combatir al asalto todas las torres, ¡Sea la libertad nuestro lema!
--	--

Con esta “Canción de combate” (*Schlachtgesang*) de Ernst Moritz Arndt, en 1810¹⁴, pueden haberse sentido arrebatadas de entusiasmo las generaciones posteriores, pero entonces solo un pequeño grupo en los ambientes intelectuales y también en el entorno de la Corte prusiana quedó atrapada por el sentimiento nacional¹⁵. Entre la gran mayoría de la población nada había tan odiado como el deber de hacerse soldado, nada motivó tanto el rechazo tácito, la protesta abierta o la resistencia colectiva como la conscripción para el ejército. Esta pauta es válida para todos los territorios europeos que se vieron afectados por esa medida. Fue una experiencia común a toda Europa. La compartieron quienes eran conquistados o aliados y la misma Francia. La investigación reciente no deja lugar a dudas¹⁶. El servicio militar no era visto como un servicio nacional hon-

¹⁴ *Die digitale Bibliothek der deutschen Lyrik*, p. 75.

¹⁵ Acerca de la repercusión en círculos intelectuales, HAGEMANN, K.: “Männlicher Muth und Teutsche Ehre”. *Nation, Militär und Geschlecht zur Zeit der Antinapoleonischen Kriege Preußens*, Paderborn, Schöningh, 2002 (*Krieg in der Geschichte*, 8). El innovador análisis de ASCHMANN, B., *Preußens Ruhm und Deutschlands Ehre. Zum nationalen Ebrdiskurs im Vorfeld der preußisch-französischen Kriege des 19. Jahrhunderts*, Múnich, Oldenbourg Verlag, 2013 (*Beiträge zur Militärgeschichte*, 72), muestra que este patetismo también ocasionó efectos significativos, cuando penetró en los círculos de toma de decisiones dentro del Estado.

¹⁶ Para Francia puede verse, por ejemplo, el balance de WOŁOCH, I.: “The napoleonic regime and French society”, en *Napoleon and Europe...* p. 65: “la batalla en torno a la conscripción, como el gran drama interno de la era napoleónica”. Para una visión panorámica de las distintas formas de resistencia en Europa, ESDAILE, CH.: “Popular resistance to the napoleonic Empire”, *Ibid.*, pp. 136-152; BROERS, M.: *Napoleon's other war. Bandits, rebels and their pursuers in the age of revolutions*, Oxford, P. Lang, 2010 (también trata sobre los Balcanes); para Italia, BROERS, M.: “Centre and periphery in napoleonic Italy. The nature of the French rule in the départements réunis, 1800-1814”, en M. Rowe (ed.), *Collaboration and resistance in napoleonic Europe. State-formation in an age of upheaval c. 1800-1815*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2003, pp. 55-73; PERUTA, F. della: “War and society in napoleonic Italy. The armies of the kingdom of Italy at home and abroad”, en J. A. Davis y P. Ginsborg (eds.), *Society and politics in the age of Risorgimento*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 26-48; con respecto a Escandinavia, ZETTERBERG, K.: “State-formation, public resistance and nation-building in Scandinavia in the era of revolution and Napoleon, 1789-1815” en M. Rowe, *Collaboration...* pp. 203-212. Sobre los Países Bajos, SCHAMA, S.: *Patriots and liberators. Revolution in the Netherlands 1780-1813*, Londres, Collins, 2ª ed., 1992; para los Estados alemanes es fundamental PLANERT, U.: *Der Mythos vom Befreiungskrieg. Frankreichs Kriege und der deutsche Süden*, Paderborn, Schöningh, 2007 (*Krieg in der Geschichte*, 33); “From collaboration to resistance. Politics, experience and memory of the revolutionary and napoleonic wars in southern Germany”, *Journal of central European history* 39 (2006), pp. 676-705, y “Militär, Krieg

roso. Escapar de él no era visto en aquel contexto social como algo que hiciera perder el honor, sino como un hecho que a menudo recibía apoyo. Contrarrestar esta situación fue la tarea de la *Gendarmerie*, que se instituyó entonces, en cierto modo como una institución necesaria y complementaria del servicio militar, que fue ensayada primero en Francia y luego se exportó a los territorios conquistados¹⁷.

Segundo: Constituir un ejército de masas y completar sus filas una y otra vez, instruirlo y administrarlo era algo que, en las condiciones de la guerra y de una permanente disposición para el combate, requería una burocracia eficaz. En la época de Napoleón esta burocracia se desarrolló intensamente y se organizó en dos ministerios. La formación militar, especialmente la de los oficiales, que hasta entonces era en gran medida un aprendizaje asistemático mientras prestaban servicio¹⁸, fue institucionalizada ahora¹⁹. El arte de la guerra recibió, por tanto, un impulso de profesionalización, hasta plasmarse en la mayor importancia de los criterios de rendimiento de cara a los ascensos.

Tercero: La rápida batalla decisiva, la “batalla de aniquilamiento” (*Vernichtungsschlacht*), como la llamaron los contemporáneos. No fue una innovación

und zivile Gesellschaft. Rekrutierungsverweigerung im Süden des alten Reichs”, en *Krieg und Umbruch...* pp. 111-136; ROWE, M.: “France, Prussia or Germany? The napoleonic wars and shifting allegiances in the Rhineland”, *Central European history*, 39 (2006), pp. 611-640 y *From Reich to State. The Rhineland in the revolutionary age, 1780-1830*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, cap. II; AALESTAD, K.: “Paying for war. Experiences of napoleonic rule in the Hanseatic cities”, *Central European history*, 39 (2006), pp. 641-675; AALESTAD, K.: *Place and politics. Local identity, civic culture and German nationalism in north Germany during the revolutionary era*, Leiden, Brill, 2005; AALESTAD, K. y HAGEMANN, K.: “Collaboration, resistance, and reform. Experiences and historiographies of the napoleonic wars in Central Europe”, *Central European history*, 39 (200), p. 547-579. Hay trabajos excelentes sobre diversas regiones de Prusia en VELTZKE, V. (ed.): *Für die Freiheit – gegen Napoleon. Ferdinand von Schill, Preußen und die deutsche Nation*, Colonia, Böhlau, 2009. Suiza fue una excepción dentro de la Europa de las conscripciones. Los cantones, dada la crisis demográfica, pudieron aportar los cerca de 16.000 soldados a los que se habían obligado con Napoleón, “en gran medida sin necesidad de reclutamiento forzoso”, MAISSEN, TH.: *Geschichte der Schweiz*, Baden, Hier und jetzt Verlag, 3ª ed., 2011, p. 174.

¹⁷ Para una visión panorámica, BROERS, M.: “Policing the empire. Napoleon and the pacification of Europe”, en Ph. Dwyer, *Napoleon and Europe...*, pp. 153-168; sobre Francia, FORREST, A.: “State formation and resistance. The army and the local elites in napoleonic France” en M. Rowe (ed.), *Collaboration...* pp. 37-54 y, con mayor precisión sobre el mismo tema, *Conscripts and deserters. The army and French society during the revolution and empire*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.

¹⁸ WINKEL, C.: “Auf dem Wege zum professionellen Offizier? Formen und Institutionen der Offiziersausbildung in der preußischen Armee (1713-1786)”, en Ch. Müller y M. Rogg (eds.), *Das ist Militärgeschichte! Probleme – Projekte – Perspektiven*, Paderborn, Schöningh, 2013, pp. 410-428.

¹⁹ Un resumen en ELLIS, G.: *Napoleon...* pp. 91-92: los dos ministerios aumentaron sus funcionarios a partir de su separación el año 1802, para pasar de unos 500 empleados a unos 1.500. La École Polytechnique, fundada el 1795, se ocupaba de los oficiales de artillería e ingenieros; las dos fundaciones napoleónicas abastecían la caballería (la escuela de Saint Germain) y formaban oficiales (École Spéciale Militaire, que, desde su fundación, en 1803, hasta 1815, cuando fue clausurada provisionalmente, formó más de 4.000 oficiales, en su mayor parte de infantería. En 1818 fue reabierta).

napoleónica. En la historia de la teoría de las operaciones militares se atribuye principalmente a Prusia y Alemania²⁰. Sin embargo, en la época anterior al ferrocarril Napoleón la llevó a la perfección²¹. Ya los expertos militares coetáneos vieron los cimientos de sus triunfos en la rapidez con la que Napoleón operaba en la guerra. Así, por ejemplo, el Archiduque Carlos de Austria, en sus *Fundamentos del arte superior de la guerra (Grundsätze der höheren Kriegskunst)* contaba la “mayor movilidad de las tropas, unida al modo de combatir de forma dispersa” entre los cambios más importantes de la época en “la manera de hacer la guerra”²². El suizo Antoine-Henri Jomini —inicialmente oficial en su propio país, luego al servicio de Francia y más tarde de Rusia—, en su obra sobre la *Esencia del arte de la guerra (Wesen der Kriegskunst)* —junto con *De la guerra (Vom Kriege)* de Carl von Clausewitz y *Guerras pequeñas (Small wars)* de Edward Callwell, uno de los tres libros fundamentales de teoría bélica del siglo XIX²³—, consideró la rápida guerra de movimientos de Napoleón como una parte de sus “incursiones volcánicas”, con las que transformó por completo la forma de hacer la guerra²⁴. “El rayo es menos rápido que el general francés”²⁵. El futuro era de este “sistema de marcha veloz”²⁶. El requisito para ello era que se organizaran a escala operativa cuerpos y divisiones como unidades capaces de actuar por sí mismas, las cuales permitieron que Bonaparte dirigiera de forma rápida y flexible ejércitos mayores que los conocidos hasta entonces²⁷. Muchos expertos consideran revolucionarias estas innovaciones²⁸; probablemente la fórmula más adecuada sería un desarrollo avanzado, para no degradar de forma inflacionaria el concepto de revolución.

²⁰ En especial, CITINO, R. C.: *The German way...* GROB, G. P.: *Mythos und Wirklichkeit. Die Geschichte des operative Denkens im deutschen Heere von Moltke d.Ä. bis Heusinger*, Paderborn, Schöningh, 2012 (*Zeitalter der Weltkriege*, 9).

²¹ Lo plantea con razón, ELLIS, G.: *Napoleon...* p. 89.

²² “Grundsätze der höheren Kriegskunst für die Generäle der österreichischen Armee (1806)”, en WALDSTÄTTEN, F. von (k.k. Österreichischer Generalmajor und Divisions-Kommandant), (ed.): *Erzherzog Karl. Ausgewählte militärische Schriften*, Berlin, F. Schneider, 1882 (*Militärische Klassiker des In- und Auslandes*), pp. 13-54, en este caso, p. 46.

²³ CALLWELL, CH. E.: *Small wars. Their principles and practice*, Londres, H.S.M.O., 1896, revisada y actualizada en 1899, reimpresa en 1903.

²⁴ VON JOMINI, F. A.-H.: *Das Wesen der Kriegskunst oder neue analytische Darstellung der Haupt-Combinationen der Strategie, der höhern Taktik und der Militär-Politik von dem General der Infanterie, General-Adjutanten Sr. Majestät des Kaisers aller Reussen. Nach der letzten in diesem Jahre in Paris erschienenen Ausgabe übersetzt von Capitaine von Bilderling*, Leipzig, Leopold Voss, 1838, p. 258.

²⁵ *Ibidem*, p. 204

²⁶ *Ibidem*, p. 258.

²⁷ Por ejemplo en CITINO, R. C.: *The German way...* p. 107: “la aportación más importante de aquella era”; algo similar en ELLIS, G.: *Napoleon...* p. 89; ESDAILE, CH.: *Napoleon's wars...* pp. 9-11.

²⁸ EPSTEIN, R. M.: *Napoleon's last victory and the emergence of modern war*, Lawrence, University Press of Kansas, 1994, cap. II (con referencias bibliográficas).

Incluso sus enemigos coincidían en que Napoleón dominaba de modo genial este tipo de guerra. Quien fue probablemente su enemigo militar más importante, Arthur Wellesley, nombrado en 1814 duque de Wellington, pensaba que la presencia de Napoleón en el campo de batalla, el sentimiento de ser invencible que irradiaba, contrarrestaba la presencia de 40.000 hombres²⁹; Clausewitz habló de su “fuerza moral” como un “capital” que infundía terror a sus enemigos³⁰: el “dios mismo de la guerra”, lo denominó, lleno de admiración³¹. Y, sin embargo, la genialidad de Napoleón en la guerra de movimientos, dispuesta para la batalla decisiva, fue lo que lo condujo a sus dos mayores derrotas, que reportaron el hundimiento de su poder en Europa, en España y en Rusia. En ambos casos, no pudo imponer ningún combate decisivo³². El alto mando ruso se lo negó y tampoco funcionó la paz con el zar. Por eso las batallas victoriosas fueron golpes dados políticamente en el vacío. Y militarmente se perdieron en la inmensidad del espacio ruso, en el que Mijaíl Illarionovic Kutuzov se evadía conduciendo las tropas del zar, para rehuir el combate decisivo. “Hacer que la guerra se alargue es vencer”, había pronosticado August Neidhardt von Gneisenau, en 1812, dirigiéndose al zar, Alejandro I³³.

Napoleón no pudo hacer más que reaccionar a esta estrategia evasiva; eso hizo de él —el atacante genial— alguien especialmente expuesto a un ataque. Tampoco fue capaz de encontrar una respuesta adecuada en España, cuando los combates entre tropas regulares iban unidos a una guerra de guerrillas que ardía de forma descoordinada en muchos sitios. Una guerra en la que el enemigo actuaba sin un centro de decisiones político y militar y que perseguía objetivos muy diversos, que únicamente confluían en el frente, en la lucha contra el ocupante; una guerra de ese tipo, sin un centro, no ofrecía posibilidades para un combate decisivo. Esto no estaba previsto en el tipo de guerra que hacía Napoleón. Es verdad que también él había practicado la integración de elementos de la guerra pequeña dentro de unidades li-

²⁹ STANHOPE, Ph. H. 5th earl: *Notes on conversations with the duke of Wellington, 1831-1851*, Londres, J. Murray, 1888, p. 6 (conversación del año 1831).

³⁰ VON CLAUSEWITZ, C.: “Feldzug von 1812 in Rußland” en W. Hahlweg (ed.), *Carl von Clausewitz, Schriften, Aufsätze, Studien, Briefe*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1990, vol. II-2, p. 884.

³¹ VON CLAUSEWITZ, C.: “Vom Kriege” [1832/34], ed. por W. Hahlweg, Bonn, Dümmler, 18ª ed., 1973, lib. 8, cap. 3B, p. 959.

³² Las mejores exposiciones de conjunto son las de ESDAILE, CH.: *Peninsular war...* y LIEVEN, D.: *Rußland und Napoleon. Die Schlacht um Europa*, Múnich, Bertelsmann Verlag, 2011 (versión inglesa, Londres, A. Lane, 2009). Lieven valora considerablemente la importancia de Alejandro en las decisiones fundamentales de la guerra contra Napoleón. Dedicar aún más atención al día a día de la guerra ZAMOYSKI, A.: *Napoleons Feldzug in Rußland*, Múnich, 2012 (la edición inglesa, Nueva York, H. Collins, es de 2004).

³³ Carta de Gneisenau de 2 de junio de 1812, con la que enviaba al zar su memorándum sobre “La potencia bélica de Rusia y la próxima guerra”, en VON GNEISENAU, A. W. A. N.: *Ausgewählte militärische Schriften*, ed. por G. Förster y Ch. Gudzent, Berlin (Este), Militärverlag der DDR, 1984, p. 215.

geras —lo que entonces era una tendencia generalizada³⁴—, pero la guerra asimétrica como guerra popular fue siempre algo ajeno a Napoleón. Esta guerra asimétrica, sin embargo, estaba lejos de ser una característica de las llamadas guerras nuevas de nuestra época actual, como muchos han creído, sino que era algo tan antiguo como la guerra misma³⁵. Napoleón no trató de desencadenar ese tipo de guerra, ni siquiera en Polonia o en Rusia, donde el *Code* de Napoleón hubiera podido desarrollar especialmente un resultado semejante. Sin embargo, en el Gran Ducado de Varsovia este código, que parecía introducir la futura ciudadanía jurídicamente igualitaria, fue desactivado en detrimento de los campesinos. Napoleón se interesaba por obtener tropas polacas, no revolucionarios polacos³⁶. En Rusia hizo, en cualquier caso, una “guerra de gabinete con objetivos políticos estrechamente limitados”³⁷.

Imperio, no Estado-nación; guerra entre Estados, no guerra nacional

La fecha de 1813 corresponde a la guerra nacional, no al surgimiento de los Estados nacionales. Ni la una ni el otro estaban entonces en el orden del día de la historia, por más que las mitologías nacionales lo vean así y la historiografía haya contribuido durante mucho tiempo a marcar a fuego esta idea en la imagen nacional del pasado. En España, en los Estados alemanes e italianos, en la monarquía de los Habsburgo, en los Países Bajos, en los territorios de la Polonia dividida, también en Rusia había entonces debates relacionados con la nación, pero la política bélica en la era napoleónica no se orientaba a crear Estados nacionales o a transformar los Estados existentes en Estados-nación. Y esas guerras no tenían motivaciones nacionales o relacionadas con los Estados-nación, ni siquiera en España, aunque aquí las Cortes de Cádiz proyectaron un Estado constitucional unitario, en nombre de un monarca que había sido privado de sus poderes. Una de sus misiones más importantes habría sido salvaguardar el imperio español en América latina. Con el fin del dominio napoleónico acabó también esta esperanza en una España renovada como Estado nacional con un imperio global³⁸.

³⁴ Es fundamental RINK, M.: *Vom “Parteygänger” zum Partisanen. Die Konzeption des kleinen Krieges in Preußen 1740-1813*, Frankfurt am Main, 1999; “Der kleine Krieg. Entwicklungen und Trends asymmetrischer Gewalt 1740-1815”, *Militär-geschichtliche Zeitschrift*, 65 (2006), pp. 355-388, y “The partisan’s metamorphosis. From freelance military entrepreneur to German freedom fighter, 1740-1815”, *War in history*, 17 (2010), pp. 6-36.

³⁵ HEUSER, B.: *Rebellen – Partisanen – Guerilleros. Asymmetrische Kriege von der Antike bis heute*, Paderborn, Schöningh, 2013. LANGEWIESCHE, D.: “Wie neu sind die ,neuen Kriege’”, en G. Schild y A. Schindling (eds.), *Kriegererfahrungen. Krieg und Gesellschaft in der Neuzeit*, Paderborn, Schöningh, 2009 (*Krieg in der Geschichte*, 55), pp. 289-302.

³⁶ RHODE, G.: *Kleine Geschichte Polens*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1965, pp. 332-338. DAVIES, N.: *God’s playground. A history of Poland*, Nueva York, Columbia University, 1982, vol. II, pp. 216-224.

³⁷ LIEVEN, D.: *Rußland...*, p. 210.

³⁸ Hay que tener en cuenta, ante todo, ESDAILE, CH.: *Peninsular war... y Spain in the liberal age 1808-1939*, Oxford, 2000, caps. I-II. Sobre América Latina, RINKE, S.: *Revolutionen in Lateinamerika*.

Para decirlo de forma esquemática: el imperio, no el Estado-nación, era de lo que se trataba en la era bélica de Bonaparte. Napoleón quería crear por la vía militar una Europa continental orientada hegemónica y también económicamente hacia Francia, que habría de ser capaz, según esperaba, de competir a escala global con el reino británico, que en las décadas anteriores había ascendido hasta convertirse en la suprema potencia naval³⁹. Como Estado-nación, Francia no habría estado en condiciones para ello, puesto que, en paralelo a los grandes éxitos militares de Napoleón por tierra, Francia se había hecho cada vez más débil por mar, a partir del espectacular momento bajo de la batalla naval de Trafalgar, el 21 de octubre de 1805. Francia ya no formaba parte del círculo de “oceanocracias”⁴⁰, capaces de actuar a escala global, como decía la ilustrativa imagen retórica de un coetáneo. Otro de ellos argumentaba que al “despotismo marítimo” de los británicos Napoleón respondía con su propio “despotismo territorial”⁴¹. Incluso la guerra económica, que Napoleón practicaba mediante su Bloqueo Continental contra Inglaterra, tenía motivaciones imperiales. Es cierto que trataba de usar intereses nacionales para su política hegemónica en Europa, como sucedió en Italia, en la Confederación helvética, en el Gran Ducado de Varsovia, que él creó, pero sus construcciones estatales en ningún sitio estuvieron organizadas en el sentido del Estado nacional. Napoleón no quería una Europa de Estados nacionales; quería una Europa como imperio francés, que tendría como núcleo una Francia territorialmente ampliada, a la que se incorporarían Estados satélites y Estados aliados, insertada en la expansiva trama de la dinastía napoleónica, con la que iba cubriendo al continente: entre ellos había cuatro reyes —en Nápoles, España, Holanda y Westfalia—, a los que se añadían príncipes, duques y grandes duques.

Imperio, no Estado nacional: también esta fórmula es válida para la política de las otras grandes potencias europeas: el reino británico, Rusia y la monarquía de los Habsburgo. Ninguna de esas potencias tenía como objetivo entonces crear Estados nacionales. Querían impedir un imperio francés y mantener abiertas para

Wege in die Unabhängigkeit 1760-1830, Múnich, C.H. Beck Verlag, 2010.

³⁹ WOOLF, S.: *Napoleon's integration of Europe*, Londres, Routledge, 1991. Una comparación con el imperio napoleónico que, debido a su corta duración no suele incluirse en el estudio comparativo de los imperios, OSTERHAMMEL, J.: *Die Verwandlung...* pp. 627-633, acerca de los cuatro imperios franceses, de los cuales el napoleónico sería el segundo y el tercero habría arrancado en 1814/1815 con las colonias que había recuperado. Con otra clasificación, ANDREW, CH. M. y KANYA-FORSTNER, A. S.: “Center and peripherie in the making of the second French colonial imperium, 1815-1920”, *Journal of imperial and Commonwealth history*, 16 (1988), pp. 9-34.

⁴⁰ WIDEMANN, J. G.: “Handels-System und See-Codex der Oceanokraten”, *Europäische Annalen*, 3 (1813), pp. 52-94. En este artículo, Widemann defendía el Bloqueo Continental. El autor estaba entonces al servicio de Francia, D'APRILE, I.-M.: *Die Erfindung der Zeitgeschichte. Geschichtsschreibung und Journalismus zwischen Aufklärung und Vormärz*, Berlin, Akademie Verlag, 2013, p. 62.

⁴¹ BUCHHOLZ, F.: *Der neue Leviathan*, Tubinga, Cotta, 1805, p. 365. D'APRILE, I.-M.: *Die Erfindung...* pp. 160-168.

ellas mismas todas las posibilidades de ampliar sus propios dominios territoriales⁴². Las guerras en la época napoleónica no eran guerras nacionales y no crearon Estados-nación. No obstante, ya los coetáneos vieron en ellas guerras nacionales o populares y, en una visión retrospectiva, con la distancia del tiempo han sido entendidas de ese modo, cada vez con más fuerza. ¿Por qué? ¿Cómo puede explicarse esto? La respuesta se encuentra en la historia de los efectos que ha tenido esa época. Ha sido una historia de efectos extraordinariamente compleja y no se ha desarrollado de forma homogénea en el conjunto de Europa. Hay que considerar brevemente dos hilos evolutivos: por un lado, las lecciones que dedujeron los expertos a partir de estas guerras y, por otra parte, los efectos que resultaron de este periodo de rupturas sobre las sociedades y los Estados de Europa.

Guerra popular, guerra nacional: la visión de los expertos militares

Los expertos militares desarrollaron su noción de la guerra popular o nacional a partir de la *levée en masse* de la República francesa —perfeccionada, burocratizada y exportada bajo Napoleón— y a partir de la guerra de guerrillas en la Península Ibérica. La confrontación en el terreno de la teoría militar con estos dos casos fue más intensa en el Estado que en mayor medida estaba amenazado de extinción: Prusia⁴³. Se ha argumentado, incluso, que si Prusia no hubiese reformado su ejército de acuerdo con las experiencias de las guerras napoleónicas y, de este modo, no hubiese alcanzado los grandes éxitos bélicos en la época fundacional del Estado nacional alemán, posiblemente la idea de un ejército basado en el reclutamiento forzoso se habría quedado en un episodio de la historia⁴⁴. Tal vez; nadie puede saberlo. Sin embargo, es algo inequívoco que el éxito de Francia no movió en modo alguno a que los Estados europeos asumieran el concepto de la nación en armas.

⁴² Sobre Rusia, LIEVEN, D.: *Rußland... LEDONNE, J.: The grand strategy of the Russian empire, 1650-1831*, Oxford, Oxford University Press, 2004, cap. VII; BURBANK, J.: *Mark von Hagen and Anatoly Remnev, Russian empire, space, people, power, 1700-1920*, Bloomington, Indiana University Press, 2007. El modo en que Alejandro I aprovechó la era de Napoleón para su propia expansión hacia el oeste, en detrimento de Suecia (Finlandia), Polonia y el Imperio Otomano, se ve en KAPPELER, A.: *Rußland als Vielvölkerreich*, Múnich, Beck, 1992, pp. 87-98. Sobre el imperio otomano y el de los Habsburgo en la época de las guerras napoleónicas, AKSAN, V.: *Ottoman wars 1700-1870. An empire besieged*, Harlow, Pearson, 2007, pp. 259-305; OKEY, R.: *The Habsburg monarchy c. 1765-1918*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2002, pp. 68-80; WHEATCROFT, A.: *The enemy at the gate. Habsburgs, Ottomans and the battle for Europe*, Londres, Basic Books, 2009.

⁴³ Como visión general, FREVERT, U.: *Die kasernierte Nation. Militärdienst und Zivilgesellschaft in Deutschland*, Múnich, C.H. Beck, 2001. Además de Prusia-Alemania, para Suiza, Gran Bretaña, Rusia y EE.UU.: *Militär und Gesellschaft im 19. und 20. Jahrhundert*, ed. por U. FREVERT, Stuttgart, Klett Cotta Verlag, 1997; *Die Wehrpflicht. Entstehung, Erscheinungsformen und politisch-militärische Wirkung*, ed. por R. C. FOERSTER, Múnich, Oldenbourg Verlag, 1994.

⁴⁴ VANT, D.: "From mercenary to citizen armies. Explaining change in the pactice of war", *International organization*, 54 (2000), pp. 41-72 (se trata de un estudio comparativo de la trayectoria seguida en Francia, Prusia y Gran Bretaña). Sobre la evolución en Gran Bretaña, FRENCH, D.: *The British way in warfare, 1688-2000*, Boston, Routledge, 1990, pp. 88-145.

Sí a la guerra popular, pero abordarla a través de la dirección del Estado: esa es, en el fondo, la respuesta de los expertos militares a lo que habían observado a partir de las guerras de la época de la Revolución francesa y Napoleón. Uno de ellos fue Heinrich von Brandt. Había luchado por Napoleón en España y en Rusia, entró luego al servicio de Prusia, donde ascendió hasta el Estado mayor, fue elegido varias veces para un Parlamento y se hizo un nombre como escritor de temas militares. En 1829, siendo entonces capitán del ejército prusiano, definió así la guerra popular en su *Manual superior del arte de la guerra (Handbuch für die höhere Kriegskunst)*:

Por guerra popular entendemos una lucha en la que la energía y la fuerza de todos los miembros de un Estado se mueven, con una disponibilidad plena y receptiva, en el sentido previamente establecido por la dirección superior del Estado y en la que la mayoría no permanece irresoluta con respecto a su propio sacrificio o la salvación de la patria⁴⁵.

Guerra popular, pero no en su dimensión española: este era el objetivo de los proyectos reformistas. Brandt vinculaba la guerra de guerrillas española con “la venganza, el robo y el asesinato”⁴⁶. Lo hacía con razón, tal como han mostrado las investigaciones y, por cierto, con aplicación válida para ambos bandos en lucha, no solo para los sublevados⁴⁷. En 1812 Clausewitz habló de una “rivalidad entre crueldades” en la Vendée y en España⁴⁸. En el caso de la guerra popular, la guerra habría traspasado “su antiguo punto de ebullición como arte”, “una ampliación y un reforzamiento de todo el proceso de fermentación que denominamos guerra”. Estaba convencido de que el futuro era de “la expansión de los ejércitos hasta abarcar masas enormes”, por medio del “deber universal del servicio de las armas” y el nuevo tipo de guerra que ello hacía posible⁴⁹. Pero solo estaba justificado como empresa organizada por el Estado. “Poner en marcha las fuerzas del conjunto de la nación”, si bien “bajo las órdenes del gobierno”: así lo formularon Gneisenau y Gerhard von Scharnhorst, en su memorándum conjunto de 1813⁵⁰. En los ambientes liberales se veía de modo parecido. “Quitarle el aguijón a la conscrip-

⁴⁵ VON BRANDT, H.: *Handbuch für den ersten Unterricht in der höheren Kriegskunst. Zum Gebrauch in Militair-Schulen und für den Selbstunterricht*, Berlin, Schüppel, 1829, p. 322. Sobre la biografía de Heinrich von Brandt, *Neue Deutsche Biographie (NDB)*. Berlin, Dunckler und Humblot, Vol. II, 1955, p. 531; *Allgemeine Deutsche Biographie (ADB)*, Leipzig, Dunckler und Humblot, vol. III, 1876, pp. 253-255.

⁴⁶ VON BRANDT, H.: *Handbuch...* p. 324.

⁴⁷ Sobre este tema, de forma detallada y tomando en consideración la documentación de tipo personal, especialmente relativa a España y con alguna perspectiva sobre otros escenarios bélicos, DWYER, Ph. “It still makes me shudder”. *Memoires of massacres and atrocities during the revolutionary and napoleonic wars*, *War in history*, 16 (2009), pp. 381-405.

⁴⁸ VON CLAUSEWITZ, C.: “Bekanntnisschrift vom Februar 1812”, en C. Von Clausewitz, *Schriften...* vol. I, p. 734.

⁴⁹ VON CLAUSEWITZ, C.: *Vom Kriege...* lib. VI, cap. 26, pp. 799-800.

⁵⁰ Memorándum de abril de 1813, VON CLAUSEWITZ, C.: *Ausgewählte militärische Schriften...* p. 254.

ción”: con estas palabras describía esa tarea el artículo “ejércitos” (*Heerwesen*) en el liberal *Staats-Lexikon* de Karl von Rotteck y Carl Theodor Welcker⁵¹. Quitarle el aguijón a la guerra popular significaba dos cosas: disciplinarla militarmente bajo los auspicios del Estado y abrir las estructuras militares a las reformas políticas, sin privar, no obstante, al monarca de sus poderes.

Era discutible hasta dónde debían llegar estas reformas. Las élites antiguas querían limitarlas, a fin de que el monarca no perdiera el mando supremo sobre el ejército y la guerra. Los liberales, en cambio, plantearon la cuestión del sistema político, sin querer por ello debilitar ni a la monarquía ni al Estado en su capacidad para hacer la guerra. De ahí que Welcker añadiera un amplio tratado sobre la milicia para la defensa del territorio (*Landwehr*) al artículo *Heerwesen* que, en el *Staats-Lexikon*, se había confiado a un oficial superior del reino de Württemberg y que, para el editor Welcker, contenía una argumentación excesivamente técnica en el terreno militar. En esta ocasión, Welcker contradecía el criterio de los expertos militares, según la cual “el armamento general del pueblo, del que últimamente se habla tanto”, sería “posible solo mediante la creación de una reserva”⁵². Frente a este intento de dejar inalterada la estructura militar, pese al nuevo deber del servicio de las armas —ya que la *Landwehr* quedaba plenamente integrada en el ejército regular—, contraponía Welcker la exigencia política y constitucional de la “ciudadanía constitucional” (*constitutionelles Staatsbürgertum*) de que se creara “un ejército de ciudadanos combatientes” (*ein kriegerisches Bürgerheer*) y reconocer a los “oficiales como un estamento cívico dentro del Estado, con los derechos y obligaciones ciudadanos de carácter general”. De esta forma, Welcker puso en marcha en el año 1839 el mito de las “guerras por la libertad” (*Freiheitskriege*) como guerras populares, a fin de asegurarle al pueblo de este modo, como agradecimiento por sus “hechos dignos de admiración [...]”, un derecho a la ciudadanía por medio de las instituciones” (*ein Recht auf Bürgerschaft*). Los ciudadanos, la nobleza y la monarquía, según reclamaba, ganarían en seguridad en igual medida, si la organización del Estado y de las fuerzas armadas llegaba a tener una base cívica común. Esto evitaría “una guerra de los pobres contra los ricos”, al aprender también “los acomodados y quienes han adquirido una formación” el servicio de las armas —no valoraba en absoluto las milicias urbanas para “proteger el orden interior frente a otros ciudadanos que estuviesen mal orientados”— y Prusia podría crear un gran ejército para “afirmar su posición en Europa”, sin imponerle a la sociedad excesivas exigencias económicas. Quien quisiera asegurar “la

⁵¹ “Joseph von Theobald, königlicher Württembergs Generalmajor, 1772-1837, Heerwesen”, en VON ROTTECK, C. y WELCKER, C., eds., *Staats-Lexikon oder Encyclopädie der Staatswissenschaften in Verbindung mit vielen der angesehensten Publicisten Deutschlands*, Altona, Hammerich, 1839, vol. VII, pp. 574-589, la cita en p. 577.

⁵² “Joseph von Theobald”... p. 578. “Carl Wecker, Heerwesen. Landwehr” en *Staats-Lexikon*... pp. 589-607. De aquí proceden las citas siguientes.

existencia de los actuales Estados y dinastías” tenía que aliarse con “el elemento popular libre en la organización de la guerra, al igual que en la constitución y el sistema judicial”.

Los expertos militares no coincidían en cuanto al problema de cómo debería ser en concreto la organización militar del futuro, a fin de poder canalizar el deber universal del servicio de las armas y la guerra popular, entendidos como adaptación de todas las fuerzas de la sociedad. Además, las valoraciones de los expertos fueron cambiando. Inicialmente, reformadores como Gneisenau, Scharnhorst o Clausewitz vieron en la *Landwehr* el instrumento para constreñir la capacidad social de movilización —que era lo que les fascinaba de la guerra española de guerrillas—, enmarcándola dentro de vías organizadas militarmente. Entre esas vías organizadas Gneisenau incluía también la política de tierra quemada⁵³. Pero, con el tiempo, las lecciones extraídas de las guerras de la época napoleónica se redujeron cada vez más al servicio universal de las armas dentro del marco de las fuerzas armadas regulares. Tiempo después, la guerra franco-prusiana de 1870-1871 convenció por completo a los militares y también a la mayoría de los ciudadanos en Alemania de que un ejército de conscriptos era el “verdadero ejército del pueblo” (*das wahrhafte Volksheer*)⁵⁴. Únicamente una minoría, que miraba hacia Suiza, de quienes defendían un sistema de milicias —en Alemania, sobre todo los demócratas organizados en el *Volkspartei*— se mostró convencida de que solo un ejército de milicias podría ser un “verdadero ejército estatal”, que fuese a la vez un “verdadero ejército popular”⁵⁵.

Pese a las grandes diferencias sobre cómo habría que organizar en el futuro la estructura militar, todos coincidían con Clausewitz en el hecho de que en la guerra, como “causa del pueblo” (*Volkssache*)⁵⁶, se ponía de manifiesto la “noción de la guerra moderna, de la guerra absoluta”⁵⁷, tal como había transcurrido “de la mano de Bonaparte”, cuando “una potencia bélica, que se apoyaba en toda la fuerza del pueblo, había marchado destructivamente por Europa”⁵⁸, potencia que solo podía detenerse cuando se le opusiera lo mismo, es decir, la guerra como “causa del pueblo”. En la voluntad de poner en práctica ese tipo de guerra y, a

⁵³ Carta de 2-VI-1812, desde Riga, a Alejandro I, junto con un memorándum, en *August Wilhelm Anton Neidhardt von Gneisenau...* pp. 214-233, esta cita en p. 221.

⁵⁴ VON BOGUSLAWSKI, A.: *Taktische Folgerungen aus dem Kriege 1870-1871*, Berlin, Mittler, 1872, p. 46. Sobre las actitudes dentro de la burguesía, BECKER, F.: *Bilder von Krieg und Nation. Die Einigungskriege in der bürgerlichen Öffentlichkeit Deutschlands 1864-1913*, Múnich, Oldenbourg, 2001.

⁵⁵ W. RÜSTOW formuló esta postura minoritaria en la última edición del liberal *Staats-Lexikon*, “Volksbewaffnung”, Leipzig, Brockhaus, 3ª ed., 1866, vol. XIV, pp. 594-598, esta cita en p. 598. Rüstow hablaba de “confusión de ideas” a propósito del término “armar al pueblo” (*Volksbewaffnung*), p. 594.

⁵⁶ VON CLAUSEWITZ, C.: *Vom Kriege...* lib. 8, cap. 3B, p. 971.

⁵⁷ *Ibidem*, cap. 3A, p. 959.

⁵⁸ *Ibidem*, cap. 3B, p. 971.

la vez, someterla por vías militares identificamos una experiencia común a toda Europa, experiencia que surgía del periodo bélico de la Revolución francesa y de Napoleón. De esta experiencia procede una de las grandes realizaciones del siglo XIX posterior a Napoleón: el siglo que entendió aquellas guerras como guerras nacionales y que, sin embargo, trató de hacerlas al abrigo del Estado. Este proyecto separó de forma estricta a la sociedad civil —por más que esta estuviese orientada hacia la guerra— con respecto a los combatientes, si bien solo en Europa, no en las colonias⁵⁹.

¿Qué nos dicen aún hoy las mitologías nacionales?

¿Por qué las guerras de la era napoleónica se entendieron (y, en parte, se siguen entendiendo) como guerras nacionales, en España y Alemania, incluso, como guerras fundacionales de la nación? Esto sucede pese a que fueron guerras europeas, en las que estaba en juego construir un nuevo imperio o impedir que surgiera. Fueron guerras en las que las tropas bonapartistas no eran un ejército nacional, sino ejércitos de nacionalidades, si es que se quiere seguir empleando de algún modo el término nación. En la era de Napoleón lucharon ejércitos plurinacionales, ejércitos multiestatales, bajo mando francés y encaminados a alcanzar objetivos imperiales de Francia. También en el lado opuesto de las grandes potencias europeas el llamamiento a la nación se puso en marcha con muchas vacilaciones y de forma estrechamente restringida en el tiempo. Finalmente, la guerra fue decidida por los ejércitos de una coalición de Estados, sin objetivos de política nacional, y del mismo modo resultó el tratado de paz. No se crearon Estados nacionales.

Nada de Estados-nación, la nación no era criterio para el nuevo ordenamiento estatal de Europa. Esta no era una decisión de los monarcas y sus gobiernos contra la voluntad de los pueblos. La gran mayoría de la población no pensaba —aún no— en criterios nacionales y los oficiales podían seguir cambiando sus deberes de lealtad nacional por los señores a quienes servían y cambiar de bando en lu-

⁵⁹ Esta idea se expone con más extensión en LANGEWIESCHE, D.: “Das Jahrhundert Europas. Eine Annäherung in globalhistorischer Perspektive”, *Historische Zeitschrift*, 296 (2013), pp. 29-48. LANGEWIESCHE, D.: “Eskalierete die Kriegsgewalt im Laufe der Geschichte?”, en J. Baberowski (ed.), *Moderne Zeiten? Krieg, Revolution und Gewalt im 20. Jahrhundert*. Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 2006, pp. 12-36. En contra de lo que interpreta Isabel Hull, el propósito de hacer una guerra protegida por el Estado (*gehegter Krieg*) también se aplica a la Guerra Franco-prusiana, HULL, I. V.: *Absolute destruction. Military culture and the practices of war in imperial Germany*. Ithaca y Londres, Cornell University Press, 2005, frente a “poner límites a la guerra de exterminio”, LANGEWIESCHE, D., BUSCHMANN, N.: “Kriegstypen des 19. Jahrhunderts und der deutsch-französische Krieg 1870/71: gehegter Krieg – Volks- und Nationalkrieg – Revolutionskrieg -Jihad”, en D. Beyrau, M. Hochgeschwender y D. Langewiesche (eds.), *Formen des Krieges...* pp. 163-195; LANGEWIESCHE, D.: “Liberalismus, Nationalismus und Krieg im 19. Jahrhundert”, en H. Ehlert (ed.), *Militärisches Zeremoniell in Deutschland*, Potsdam, Militärgeschichtliches Forschungsamt, 2009 (*Potsdamer Schriften zur Militärgeschichte*, 6), pp. 59-74.

cha, en función de estos últimos. No era ningún obstáculo haber luchado en las filas de Napoleón para ser acogido en las tropas de sus enemigos. Esto era válido para los oficiales —von Jomini y von Brandt, mencionados anteriormente, son un ejemplo— y también para los soldados⁶⁰. Incluso entre quienes que habían opuesto resistencia a “los extranjeros” y a su poderío opresivo solo una minoría pensaba en términos nacionales. En España la referencia era la *patria chica*: la tierra de cada uno, la región en la que se vive⁶¹. En los Estados alemanes de entonces los contemporáneos lo denominaron “patriotismo territorial”⁶².

A él apelaron también los llamamientos del Estado, en 1813, para que la gente se presentara a tomar las armas. Quien formara bajo “las banderas rusas y alemanas” —decía una proclama del general ruso conde Ludwig Adolf Peter [Pjotr Christianovic] von Wittgenstein—, para marchar, junto con las tropas prusianas, “a la santa guerra”, sería “enviado solo [...] al lugar donde nació y donde sus paisanos sollozan aún bajo el yugo”, a fin de lograr “la liberación de vuestra patria”⁶³. En su llamamiento “A los sajones” (*An die Sachsen*) Wittgenstein invocaba en su favor la mítica historia europea, al equiparar a Napoleón con Carlomagno, “el carnicero de Sajonia”. “Mil años han transcurrido desde entonces. Desde hace mil años, Dios no había vuelto a castigar a Europa con un azote semejante. Ahora lo tenemos aquí de nuevo. ¿No querréis luchar contra él como entonces?”⁶⁴. La nación no desempeña ninguna función en esta imagen mítica de la historia, que quiere empujar a actuar, como es la tarea de los mitos históricos⁶⁵. El general prusiano Gebhard Leberecht von Blücher se sirvió, sin duda, en su proclama “A los habitantes de Sajonia” (*An Sachsens Einwohner*) de la “independencia nacional” (*Nationalunabhängigkeit*). Sin embargo, para él estaba en juego la “seguridad de los tronos antiguos”, incluyendo el sajón, como garantía de la “independencia

⁶⁰ Ofrece un ejemplo de esto el escrito *Als badischer Militärmusiker in Napoleons Kriegen. Balthasar Eccardts Erinnerungen an die Feldzüge nach Österreich, Preußen und Rußland 1805-1814*, ed., por M. Geering, Stuttgart, Kohlhammer, 2013; también, Rink, M.: “Der kleine Krieg als Karrierefeld für ‚Ausländer‘ in der preußischen Armee. Vom 18. zum 19. Jahrhundert” en C. T. Müller y M. Rogg (eds.), *Das ist Militärgeschichte!...* pp. 267-291.

⁶¹ Sobre esto, ampliamente, ESDAILE, C.: *Peninsular war...* p. 265, entre otras muchas. Este criterio también era válido para las *juntas* regionales. Sobre el localismo y la patria chica en la lucha de los españoles contra Napoleón, también TONE, J. L.: “The Peninsular war” en *Napoleon and Europe...* pp. 225-242, 238-239. KOLLER, C.: *Fremdherrschaft. Ein politischer Kampfbegriff im Zeitalter des Nationalismus*. Frankfurt am Main, Campus Verlag, 2005, muestra cómo evoluciona la noción de dominio extranjero.

⁶² VON BRANDT, H.: *Handbuch...* p. 326.

⁶³ Proclama “Liebe deutsche Jünglinge und Männer!” del conde Wittgenstein, de 11 (23) de marzo de 1813”, *Das neue Deutschland 1813/14*, Berlin (Este), Rütten und Loening, 1953, p. 76.

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 76-78.

⁶⁵ Lo argumento con más detelle en LANGEWIESCHE, D.: “Wozu Geschichtsmythen?”, en E. Ivaničková, D. Langewiesche y A. Mísková (eds.), *Mythen und Politik im 20. Jahrhundert. Deutsche – Slowaken – Tschechen*. Essen, Klartext Verlag, 2013, pp. 7-24.

alemana” (*deutscher Unabhängigkeit*)⁶⁶. Von Blücher no aclaraba qué significaba esto último, en una época en que los príncipes alemanes seguidores de Napoleón o en lucha con él se resarcían en tronos alemanes y el de Sajonia aparecía amenazado. También Friedrich Franz I, duque de Mecklenburg-Schwerin reivindicaba ante sus “fieles súbditos” la “liberación de Alemania” (*Deutschlands Befreiung*). Debían reclutar un cuerpo de cazadores “sin diferencia alguna de nacimiento ni estamento”. En contrapartida, prometía a los voluntarios que, al final de la guerra, los liberaría “de todo deber de conscripción” y los tendría en cuenta con preferencia para puestos del Estado, en la medida en que fuesen idóneos para ellos⁶⁷. Las autoridades tendían “cebos movilizados”⁶⁸ para los sectores sociales que estaban exentos de obligaciones militares.

El príncipe heredero de Suecia, anteriormente mariscal de Francia en el bando de Bonaparte, también prometió “asegurar la independencia de las naciones” en su alocución del 15 de agosto de 1813⁶⁹, ante el Ejército del Norte, puesto bajo sus órdenes e integrado por soldados suecos, prusianos y rusos: esa independencia se aseguraría contra el emperador Napoleón, que “no quiere vivir en paz con Europa, en tanto que Europa no se someta a él”, y se garantizaría “finalmente la paz del mundo”, por medio de “la libertad de Europa, el establecimiento de su equilibrio, el fin de esta situación desesperada, que se prolonga desde hace veinte años”. Europa “como una gran familia” significaba, para él, el monarca, sin duda, y lo que sucediera con los miembros de su familia. Siguiendo el estilo de la vieja política hegemónica de las dinastías, Finlandia fue a parar a Rusia. Dinamarca, que persistió en el bando de Napoleón, es decir en el bando que ahora era el malo, tuvo que ceder Noruega a Suecia. También el emperador Habsburgo se dirigió a la opinión pública en un manifiesto, para justificar con todo detalle su entrada en guerra contra Napoleón, quien desde 1810 era su yerno⁷⁰. Como Napoleón rechazaba persistentemente la “posibilidad de una paz duradera para Austria y Europa”, no quedaba ya “ningún recurso más que el de las armas”. “La nación y el ejército harán lo que les corresponde”. Este no era, sin embargo, un llamamiento significativo a la nación para tomar las armas: en quién se pensaba en concreto con el término *nación* no habría sido fácil de explicar en la monarquía de los Habsburgo. En cambio, el Kaiser de Viena hundía el ancla de la “justificación de esta guerra” en “el corazón de cada uno de los austríacos, como de cada europeo, que

⁶⁶ *Das neue Deutschland...* pp. 79-80.

⁶⁷ *Ibidem*, pp. 117-119.

⁶⁸ Esta es la esclarecedora fórmula de RINK, M.: “Patriot und Partisan. Ferdinand von Schill als Freikorpskämpfer neuen Typs”, en V. Veltzke (ed.), *Für die Freiheit...* pp. 65-106, la cita en p. 95.

⁶⁹ *Das neue Deutschland 1813/14...* pp. 164-166.

⁷⁰ *Ibidem*, pp. 180-187, de donde proceden todas las citas que siguen. Para la Austria de esta época sigue siendo una información útil LANGSAM, W. C.: *The napoleonic wars and German nationalism in Austria*, Nueva York, Columbia University Press, 1930, reed. Nueva York, 1970.

viviera bajo su poder”. Por más que estas proclamas de los príncipes reinantes o de quienes los representaban estuviesen formuladas de manera defensiva —defensiva con respecto al lenguaje emocional de los sectores que querían lanzar la nación al campo de batalla⁷¹—, con todo, se dirigían a la opinión pública y hablaban de la nación. Podía vincularse con esto el hecho de que, en las décadas siguientes, cada vez más ciudadanos elevaran sus demandas políticas en nombre de la nación ante sus respectivos Estados. También algo más podía revestirse de manera retrospectiva de carácter nacional, como sucedía con la oposición al régimen napoleónico, basada en motivos tan diversos y con una evolución tan dispar, o con las levas para el ejército, originariamente objeto de tanto odio. De manera retrospectiva, se podían configurar a partir de ello las historias fundacionales de las naciones⁷².

Sin embargo, no fueron esos cambios de interpretación los que transformaron la manera de percibir la era napoleónica. De esa época arrancaron determinadas trayectorias que estimularon e impulsaron el complejo proceso de la formación de las naciones. En esto coincidieron muchas cosas. La Europa del derecho, que parecía avanzar conjuntamente con la política expansiva de Napoleón, se quedó por detrás de la Europa de la guerra y las conscripciones. Simon Schama lo ha formulado contundentemente en el caso de los Países Bajos: “el objetivo primordial era la máxima explotación al menor coste”. Por eso, el “imperio de las leyes y los códigos” se atrofió, hasta quedarse en un débil complemento del “imperio del reclutamiento”⁷³. Pero la experiencia de estar sojuzgados, como ha mostrado la investigación sobre el nacionalismo⁷⁴ y como supieron también los contemporáneos, fue un fuerte impulso para el descubrimiento de la nación propia. Un Estado fuerte —era la lección que parecía imponerse— es necesario, a fin de poder protegerse de tener que estar sometidos a otros. Y el Estado más fuerte es el que puede movilizar a sus ciudadanos. En aquella época se dieron cuenta de ello no solo los expertos militares.

⁷¹ Sobre la nación como comunidad de emociones, LANGEWIESCHE, D.: “Gefühlsraum Nation. Eine Emotionsgeschichte der Nation, die Grenzen zwischen öffentlichem und privatem Gefühlsraum nicht einebnet”, *Zeitschrift für Erziehungswissenschaft*, 15-1 (2012), pp. 195-215.

⁷² Vid. los estudios de ESDAILE, CH., PLANERT, U., HAGEMANN, K., y SCHAMA, S., ya citados. También, THAMER, H.-U.: *Die Völkerschlacht bei Leipzig. Europas Kampf gegen Napoleon*, Múnich, Verlag C.H. Beck, 2013, pp. 113-116. Sobre la historia de las interpretaciones del año 1812 en Rusia, el número especial “Mythos Erinnerung. Rußland und das Jahr 1812”, *Osteuropa*, 63-1 (2013). Sobre el distanciamiento de la Francia oficial con respecto a Napoleón, DWYER, Ph.: “Remembering and forgetting in contemporary France. Napoleon, Slavery, and the French history wars”, *French politics, culture and society*, 26-3 (2008), pp. 110-122.

⁷³ SCHAMA, S.: *Patriots...* p. 614.

⁷⁴ Se puede ver, por ejemplo, BERLIN, I.: *The crooked timber of Humanity*, ed. por H. Hardy. Princeton, Princeton University Press, 1990 (versión castellana, *El fuste torcido de la humanidad*. Barcelona, Península, 1998). LANGEWIESCHE, D.: “El nacionalismo como deber de intolerancia” en *La época del Estado-nación en Europa*, Valencia, Universitat de València, 2012, pp. 101-117.

El Estado nacional se hizo visible como un instrumento de poder más ventajoso y, al mismo tiempo, ese ordenamiento legitimaba las exigencias de participación en el Estado que procedían de la sociedad. Los mitos nacionales que se construían sobre la lucha contra Napoleón estaban también al servicio de estas exigencias de participación. Esto hacía que estos mitos fuesen atractivos para la burguesía. El mito nacional de la guerra de liberación (*Befreiungskrieg*) ayudó a que quienes dirigían el Estado pudieran tapar las fases de su trayectoria en que habían estado del lado de Napoleón. Se produjo una época de “reconversión de la culpa” (*Schuldumwidmung*), en el que tuvo el mayor éxito la “autopresentación de Prusia como víctima⁷⁵: de beneficiaria en la pugna por territorios pasó a restauradora de la nación alemana, con la exigencia moral, garantizada moralmente, de situarse a su cabeza. La Francia napoleónica fue “la primera encarnación de un Estado civilizador en Europa occidental”⁷⁶. Es un Estado que ofreció “el régimen de prensa más autoritario de la historia de la Francia moderna”⁷⁷ y, no obstante, simultáneamente era celebrado como la encarnación de un “espíritu de la época” (*Zeit-Geist*), que prometía conducir hacia un futuro mejor. Johann Christoph Freiherr von Aretin, que había escrito lo anterior en 1809 contra toda “clase de enemigos del bonapartismo”, reclamó lo siguiente:

Comprended la naturaleza de la guerra que se hace actualmente. Es la guerra de la barbarie de la Edad Media contra las ideas lúcidas del nuevo siglo; la guerra del genio del feudalismo contra los principios de la monarquía constitucional; de la estupidez y de la mala voluntad contra el entendimiento y la filantropía. ¿Es posible que vuestra decisión esté aún vacilante?⁷⁸

No todos los que habían depositado sus esperanzas en Napoleón emitían juicios con la misma impasibilidad que este funcionario reformista de Baviera sobre las cargas que las campañas de Napoleón imponían a la gente, en nombre de un futuro mejor. Friedrich Buchholz, entonces, uno de los más conocidos entre los “escritores de la época” (*Zeitschriftsteller*), se quejaba en 1808, en una carta a su editor Johann Friedrich Cotta, acerca del “sistema explotador del gobierno francés [...]: si esto va a más, tendrá que haber una emigración generalizada o una guerra de todos contra todos”⁷⁹. No obstante, no veía una alternativa a Na-

⁷⁵ BURGENDORF, W.: “Der Kampf um die Vergangenheit. Geschichtspolitik und Identität in Deutschland nach 1813”, en U. Planert (ed.), *Krieg und Umbruch...* pp. 332-357 (la referencia en pp. 348-349).

⁷⁶ OSTERHAMMEL, J.: *Die Verwandlung...* p. 1.178.

⁷⁷ HORN, P.: “Vom autokratischen Kaiserreich zur konstitutionellen Monarchie: Zensur und Emanzipation der französischen Presse im Vormärz (1804-1848)”, en G. B. Clemens (ed.), *Zensur im Vormärz. Pressefreiheit und Informationskontrolle in Europa*. Ostfildern, J. Thorbecke Verlag, 2013, pp. 23-38, la cita en p. 24.

⁷⁸ VON ARETIN, J. C.: *Die Plane Napoleons und seiner Gegner besonders in Teutschland und Oesterreich*. Múnich, s.i., 1809, pp. 67-68.

⁷⁹ Carta nº 40, D'APRILE, I.-M.: *Die Erfindung...* p. 291.

poleón para imponer las reformas en Europa. En la Renania entonces francesa, las reformas de tipo jurídico tuvieron una amplia aceptación y serían defendidas cuando el territorio pasó luego a Prusia⁸⁰. Sin embargo, muchos rechazaron otras reformas como intromisiones del Estado en sus vidas. No obstante, precisamente esto, lo que entonces provocó oposición, el fuerte impulso a la injerencia estatal en la vida de la gente, la creciente densidad de lo estatal como sucedía bajo la forma del servicio de las armas, precisamente esto fue lo que creó las bases para la nacionalización del Estado y la sociedad en el siglo XIX.

Todo ello se venía anunciando en las décadas en torno a 1800. Sin embargo, solo en una visión retrospectiva surge de ellas el inicio de algo nuevo. Lo que entonces era fundamental era algo distinto: no una Europa de Estados nacionales, sino la pugna en favor o en contra de una Europa imperial, con Francia como núcleo dominante. El ordenamiento en paz del Congreso de Viena se decidió en contra de un futuro imperial del continente europeo. Abría de este modo la vía hacia el Estado-nación. Pero aquel ordenamiento no se había dispuesto para alcanzar ese objetivo.

La Europa napoleónica fue una Europa de la guerra. Sin embargo, de ella surgió un periodo de paz de cien años, interrumpido solo por guerras regionales. La Guerra de Crimea fue, sin duda, una guerra europea, pero estuvo limitada a una escala regional. Incluso las guerras que condujeron al surgimiento de los Estados nacionales italiano y alemán —estas fueron las mayores amenazas que tuvo el orden pacífico de la Europa salida de Viena— siguieron siendo guerras nacionales de carácter general. Se pudo evitar una gran guerra europea. También fue posible que se desarrollara la rivalidad extraeuropea en torno a la hegemonía imperialista entre los Estados coloniales europeos por debajo del umbral que llevaba a la guerra. La hegemonía global que logró Europa en el siglo XIX se apoyaba en el estable ordenamiento pacífico con el que se había clausurado la época de las guerras de Napoleón⁸¹. También esto forma parte del campo temático de las campañas napoleónicas y de sus efectos.

Guerras imperiales, no guerras nacionales. Defensa contra una Europa continental dominada por Francia, no una aspiración al Estado nacional. Resistencia al poder extranjero, no voluntad de hacer la nación. Este balance contradice la imagen histórica familiar que durante mucho tiempo han venido trazando las mitologías nacionales⁸². Y, no obstante, ese balance remite a las trayectorias que surgen de la era napoleónica: la nación como comunidad guerrera, a la que se apela públicamente y que se escenifica en diversos medios; el Estado nacional

⁸⁰ Sobre esto, detalladamente, ROWE, M., *From Reich to State...*

⁸¹ Sobre este tema, LANGEWIESCHE, D.: *Die Monarchie...*

⁸² HOFBAUER, M. y RINK, M.: "Die Völkerschlacht bei Leipzig. Verläufe, Folgen, Bedeutungen 1813-1913", *Militärsgeschichte. Zeitschrift für historische Bildung*, 3 (2013), pp. 4-9.

como instrumento de fuerza hacia el exterior y de participación de la sociedad civil en su interior; ejércitos nutridos por quienes estaban obligados al servicio de las armas, que proporcionaban un núcleo de poder al Estado nación, núcleo que permite que el Estado en guerra oriente hacia ella al conjunto de la sociedad y transforme de ese modo la guerra misma.

Sin embargo, quien solo contemple el potencial de futuro configura erróneamente lo que sucedió entonces y se equivoca en cuanto a los motivos de actuación, las percepciones y experiencias de los coetáneos. Sin esta visión de futuro de quienes nacieron más tarde —imagen que han conservado las mitologías— privaríamos, a su vez, a la era napoleónica de lo que siempre, hasta hoy, resulta fascinante de ese periodo, puesto que extraemos de la historia aquellas trayectorias evolutivas que son capaces de conducir hasta nosotros. También ésta forma parte de las tareas de la historiografía. Por eso nos hacen falta imágenes complejas de lo acontecido entonces. De esas imágenes forman parte también las mitologías. Ridiculizarlas en un sentido moral nos haría más difícil el reconocimiento de cuál ha sido su papel. Los mitos no explican el pasado, sino que suministran un significado para el presente⁸³. Por eso se transforman y surgen otros nuevos. Analizarlos significa tomarlos en serio y estar atentos a los mitos de nuestra propia época. Hoy son las narraciones de la unidad europea. En esas narraciones, la fecha de “1813” se convierte en un lugar de la memoria de la Europa unificada. Un ejemplo de ello es la reformulación actual, mediante las políticas de la historia, de la utilización del Monumento a la Batalla de las Naciones de Leipzig (*Völkerschlachtdenkmal*)⁸⁴. La continuidad en este cambio de significado se incluye en el distanciamiento de la política actual con respecto al pasado.

⁸³ LANGEWIESCHE, D.: “Wozu Geschichtsmysen?”...

⁸⁴ ROGG, M.: “Ein Ruhmestempel der deutschen Art”. Das Leipziger Völkerschlachtdenkmal” en G. Bauer, G. Pieken y M. Rogg (eds.), *Blutige Romantik. 200 Jahre Befreiungskriege. Essays*. Dresde, Militärhistorisches Museum der Bundeswehr, 2013, pp. 314-327.